Jorge Manuel Lucas Alves

Tierra de amor y sangre

·EDICIONES·PANGEA·

TIERRA
DE AMOR
Y SANGRE

Jorge Manuel Lucas Alves

TIERRA DE AMOR Y SANGRE

·EDICIONES·PANGEA·

Primera edición: abril de 2024

Del texto: © Jorge Manuel Lucas Alves

De esta edición: © Ediciones Pangea, 2024
41720 Los Palacios y Villafranca, Sevilla
www.edicionespangea.com

Edición al cuidado de José Peña Fierro
Corrección: Armando González Hidalgo
Composición de cubierta: Marta Díaz (martadiaz.design)

ISBN: 978-84-128305-2-1
Depósito Legal: SE 999-2024
Impresión: Ulzama Digital
Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A don Ángel Muñoz y a Emma Luján Díaz
por su amistad y apoyo.

A los integrantes del Tercio de Olivares:

Fernando Pérez Colchero
Ángel Muñoz
Juanjo Martín
Guillermo Romero Lora
Rosa Domínguez
Ángel de Toro
Miguel Ángel
José Antonio Molino Corrales
Carmen Vargas
Miguel Leiras Granja
Miguel Ángel Aguilar Gutiérrez «Miki»
Santiago Caro Gutiérrez
José Manuel Gómez García
José Antonio Esquinas Barroso
Enrique Bocanegra
Marysol
Francisco Javier Gámez Mijes
Ángel Luis Morán Álvarez
Concepción Rodríguez Gil
Juan Manuel Poyato Galán
Antonio Acebal Domínguez
Mario José Martín Castaño
María Luisa Fernández Melo
Ángel María Hernández

Capítulo I
Badajoz
1658

La bella primavera, el periodo en el que el amor y la pasión reinan, todavía estaba en la mente de todos. Una estación en la que por los bosques se oía el cantar alegre de los pájaros y se notaba ya el despertar de las flores y de los árboles. La bella primavera en la que toda la gente debería sentirse feliz. Una felicidad que ahora estaba muy lejos de la ciudad de Badajoz. La antigua capital del reino taifa, la estratégica ciudad que con los siglos había perdido su poderío, se encontraba inmersa en la guerra. Esta había empezado en el ya tardísimo año de 1640, cuando los portugueses se rebelaron contra Felipe IV y proclamaron a su propio rey. Una guerra que estaba arrollando, aniquilando y llevando el terror y la muerte a toda la región de Badajoz. La tristeza y la desesperación habían impedido que la primavera y sus luces entraran en la antigua ciudad. Una ciudad que no estaba preparada para la guerra. De sus defensas, antes poderosas e inexpugnables, solo el fuerte de San Cristóbal estaba preparado para el nuevo tipo de guerra que ofrecía la artillería. En la ciudad, unas murallas levantadas en los tiempos en que los musulmanes habían gobernado daban al defensor una visión muy triste al

mismo tiempo que inquietante. Estas, viejas y, muchas veces, en un estado deplorable, habían sufrido el olvido de su gente, quienes ahora se empeñaban en construir, a duras penas, medias lunas que protegiesen los lienzos de muralla contra el fuego de artillería. Quienes elevaban sus oraciones contra el ejército portugués que se había presentado ante sus defensas con la firme intención de tomar la ciudad por la fuerza.

—Alfonso, ¿alguna novedad?

—Ninguna, señor sargento —le respondió el soldado desde lo alto de una de las antiguas torres musulmanas—. Parece ser que los portugueses se empeñan en tomar primero el fuerte.

—Sí… eso parece. —El sargento suspiró con fuerza, dejando caer todo su cuerpo sobre una almena—. Lo están bombardeando y atacando con fuerza.

—Señor… ¿y qué sucederá si el fuerte cae? —preguntó con timidez, a sabiendas de que podría llevar al veterano sargento a la ira.

—¡Pues en ese caso estamos jodidos! —le respondió sin dejar de mirar lo que pasaba al otro lado del río, donde se estaba produciendo todo el combate, llegando hasta él los horribles gritos de los soldados y el rugido de los cañones—. Si cae San Cristóbal, cae la ciudad. Tenemos unas murallas de mierda que tras la unión con Portugal se olvidaron por completo, tenemos poca pólvora, tenemos poca gente con experiencia, tenemos el fuerte de San Miguel (que no pasa de una fortificación temporal) y tenemos a estos rebeldes, que a toda costa quieren conquistar Badajoz para reparar la pérdida de Olivenza.

—Pero, pero… si cae San Cristóbal, ¿qué mal nos puede hacer? ¡Si está en la otra margen del río! —Miró al sargento, ya con el morrión colocado en la cabeza.

—Alfonso, si cae el fuerte, cae la ciudad. Desde allí pueden bombardearla a su antojo. Nos tendríamos que ir.

—Señor…

—Bueno —le cortó el veterano al tiempo que dejaba su cómoda almena—. Dejémonos de tonterías. Tengo órdenes de reunir a un buen grupo de soldados, así que… —Sonrió con descaro—. Así que estás bajo mi mando.

—¡Sí, señor!

—Preguntas sobre San Cristóbal, pues prepárate, porque es hacia donde vamos.

A pesar de las palabras del sargento, Alfonso, junto con un numeroso grupo de piqueros y mosqueteros, fue destacado para reforzar la guarnición del hornabeque: una pequeña fortificación que protegía el puente que conectaba las dos orillas del río Guadiana y que, a través de un camino cubierto, conectaba la ciudad con el asediado San Cristóbal.

—¡Madre de Dios! —exclamó un piquero al oír el terrible fuego de artillería que se concentraba contra San Cristóbal.

Alfonso, que hacía ya varios días que no había podido pegar ojo, dejó caer todo su cuerpo sobre el parapeto de la fortificación. Horribles sonidos llegaban hasta él, pero su mente, su preocupación y su corazón estaban bien lejos de aquella ciudad asediada. Su amada Helena, la hermosa joven de quien se había enamorado locamente, estaba lejos de él y de su corazón. Miró al cielo

y rezó por ella. Agradeció a Dios que Helena estuviese lejos de aquella carnicería, pero estaba preocupado. La distancia y el no tener noticias de ella le rasgaban el corazón enamorado.

—¡Helena! ¡Te amo! ¡Te amo! —Recordando el rostro de su amada, gritó a pleno pulmón, sin importarle que lo escuchara toda la guarnición—. ¡Amor mío! ¡Te amo!

De inmediato, todas las fuerzas allí presentes lo vitorearon. Sin inmutarse, y con el corazón triste, no se apartó del parapeto.

—¡Santiago! ¡Santiago! —Entró a toda prisa un oficial a caballo por la puerta del hornabeque.

Este fue recibido por el oficial al mando de la pequeña fortificación, y poco tiempo pasó para que los tambores empezasen a reclamar soldados y los sargentos comenzasen también a gritar órdenes. El único revellín de San Cristóbal había sido conquistado por el enemigo. El fuerte, y con ello toda la ciudad, estaba en peligro. Muy poco tiempo pasó para que Alfonso se viera en el medio de un considerable grupo de soldados que, protegidos por el camino cubierto, se dirigían al fuerte con la misión de recuperar a toda costa el revellín perdido.

—¡Santiago! ¡Santiago! —gritó el piquero tan pronto como entró en el fuerte.

Dentro encontró una visión escalofriante: muertos y heridos por todos lados, y oficiales y sargentos gritando órdenes a pleno pulmón para hacerse oír. Desde los parapetos, las piezas de artillería, así como los innumerables mosqueteros, intentaban destrozar las fuerzas atacantes. A todo aquel ruido del fuego defensor se unía

el causado por las balas de cañón enemigas que castigaban con mensajes de muerte y destrucción.

—Los portugueses están en el revellín y en el foso —gritó un alférez con una gran bandera en las manos—. ¡Por aquí, daos prisa!

El alférez, con varios cortes en la cara y en los brazos, esperó a que el grupo de refuerzo llegara hasta él, en el centro de la pequeña plaza de armas del fuerte. Con los ojos muy abiertos, y la cara sucia de polvo, sudor y sangre, ordenó que los sargentos guiasen al grupo a través del foso y reconquistasen el revellín perdido. Alfonso, que se encontraba en la primera hilera de soldados, sintió orgullo por aquel valeroso oficial. ¿Cuántas horas llevaría aquel alférez sin descansar? ¿Cuántas horas llevaba combatiendo? ¿Y la bandera? ¿Estaría siempre con ella? Un mar de incertidumbre invadió el pensamiento del piquero.

—¡Joder! ¡Espabila, carajo! —Un sargento lo empujó con el asta de la alabarda—. ¿Estás tonto?

—¡Sargento! —gritó un capitán desde uno de los baluartes—. Quiero el foso despejado de portugueses cuanto antes. ¿Está claro?

—¡Sí, señor capitán! —respondió el sargento, ya corriendo con la fuerza de refuerzo en dirección al foso.

Poco tiempo pasó para que la fuerza llegada del hornabeque entablase contacto con el enemigo. Este, moralizado tras la conquista del importante revellín, intentaba controlar el foso para después lanzar sus escalas sobre las murallas del fuerte. El asalto estaba en marcha.

—¡Santiago y cierra, España! —gritó Alfonso junto con todos sus compañeros de armas—. ¡Santiago! ¡Santiago!

—¡Por Portugal y San Jorge! —gritó un numeroso grupo de portugueses a la vez que atacaban también ellos con sus picas.

En el foso, el choque de las dos fuerzas fue brutal. Las largas picas entrechocaron y por momentos mantuvieron a los soldados de ambos bandos separados por algunos escasos metros. Hasta que por debajo de aquellos dos puercoespines furiosos empezaron a surgir soldados que, espada en mano, cortaban las piernas y los estómagos de los piqueros de primera y segunda línea. Había hombres que gritaban en busca de más coraje, otros insultaban a los enemigos y otros gritaban como posesos con sus vísceras en las manos. Pero el choque fue peor cuando por fin las picas fueron superadas y las temidas armas cortas empezaron a hacer su trabajo. Portugueses y españoles comenzaron a luchar cuerpo a cuerpo. Cada metro ganado valía un par de vidas. Los hombres de ambos ejércitos, a pesar de la cantidad de horas llevadas ya en combate, no mostraban clemencia o señal de rendición. En el suelo del foso empezaba a surgir un riachuelo de sangre.

Al choque del acero se unía en aquella macabra sinfonía el rugido de los cañones y de los mosquetes que, desde lo alto de las murallas, tentaban matar a cuantos enemigos fuese posible.

—¡Santiago!

—¡San Jorge!

La muerte se había instalado en el foso y en el revellín. Un revellín donde los cadáveres y los heridos de ambos ejércitos se contaban por decenas. Al principio la iniciativa había sido portuguesa, pero, con la continua

llegada de refuerzos provenientes del hornabeque, poco a poco fue siendo española.

—¡Retirada! ¡Retirada! —Ambos bandos empezaron a oír en portugués.

—¡Se retiran! ¡Los rebeldes se retiran! —gritó bien fuerte el alférez desde la muralla y todavía con la bandera en las manos—. ¡Se retiran!

A las palabras del oficial, y a la vista de la retirada portuguesa, los defensores del fuerte comenzaron a gritar y a lanzar improperios al enemigo. El fuerte todavía resistía al asedio.

ÍNDICE

Capítulo i. Badajoz, 1658 9
Capítulo ii. Almendralejo, 1640 17
Capítulo iii. En algún lugar de Flandes, 1641 21
Capítulo iv. 1642 35
Capítulo v. Almendralejo, 1642 49
Capítulo vi. 1642 55
Capítulo vii. Flandes, 1643 69
Capítulo viii. Lisboa, 1643 73
Capítulo ix. Montijo, 1643 77
Capítulo x. 1643 89
Capítulo xi. Ajalvir 99
Capítulo xii. 1643 105
Capítulo xiii. 1643 111
Capítulo xiv. Ajalvir, 1643 119
Capítulo xv. Montijo, 1643 121
Capítulo xvi. Elvas, 1644 129
Capítulo xvii. Campomayor, 1644 133
Capítulo xviii. 1644 135
Capítulo xix. Elvas, 1645 139
Capítulo xx. Lisboa, 1646 143
Capítulo xxi. Elvas, 1647 145
Capítulo xxii. Cádiz, 1650 153
Capítulo xxiii. Villafranca, 1650 161

Capítulo xxiv. Lisboa, 1656 167
Capítulo xxv. Elvas, 1658 169
Capítulo xxvi. Badajoz, 1658 173
Capítulo xxvii. Badajoz, 1658 181
Capítulo xxviii. Elvas, 1659 185
Capítulo xxix. 1659 193
Capítulo xxx. Lisboa, 1668 199
Capítulo xxxi. Almendralejo, 1669 203

Esta primera edición de *Tierra de amor y sangre*,
de Jorge Manuel Lucas Alves, terminó
de imprimirse en abril de 2024.